

Comentábamos y censurábamos el domingo pasado la actitud de los que excusan su apatía y su indiferencia respecto de la Iglesia alegando que esta llega tarde. Y no saben que es ella la que antes de nadie levantó su voz contra la injusticia y no saben que es ella la que en su larga historia de 20 siglos ofrece una historia limpia, una actitud uniforme, una postura invariable contra la violencia o contra la injusticia, condenándola bajo cualquier forma que aparezca o enfrentándose con cualquiera que pretenda escudarse en ella. Y terminábamos diciendo que nunca es tarde para conocer y abrazar la verdad, porque únicamente por el camino de la verdad y del bien llegaremos al bienestar y a la felicidad, ya que el bienestar es inseparable de la práctica del bien y esta no se encuentra más que en el campo de la verdad. ¿Qué queremos, qué anhelamos, realmente pretendemos el bien, realmente pretendemos el bienestar, la prosperidad o solamente pretendemos llevar la contraria, la revancha aunque esta no sea más que injusticia, violencia, tiranía u opresión? Recapitemos, pensemos, estudiemos, analicemos... escuchemos la voz de la Iglesia que es la madre que nos habla con la experiencia secular de 20 siglos, que es la madre que nos habla con los mejores deseos de nuestra felicidad.

Pero no solamente tropezamos con quienes quieren seguir su camino ciegos y sordos a toda consideración bajo la inspiración de sus instintos y reacciones violentas, sino que también nos encontramos con otros, que levantan las manos a la cabeza y se horrorizan de toda idea de reforma, de toda idea de redistribución de los bienes y se escandalizan hasta de la doctrina de los Papas y aun cuando a estos no se atreven a calificar de comunistas o socialistas blancos, creo que eso les parece demasiado, sin embargo no dudarán estigmatizar como a tales a los que se atreven a predicar esa doctrina, que los que tal cosa hacen serán para ellos cualquier cosa y aunque no tengan ni idea de las cosas ni hayan invertido estudiando debidamente esa doctrina unas pocas horas, no vacilarán en calificar a los demás de audaces y de ignorantes. Es que en verdad no hay pasión que tanto ciegue al hombre, no hay pasión que tanto insensibilice al hombre como la codicia o la avaricia. Sin ver no se puede creer hasta qué extremos de ceguera y de insensibilidad les lleva esta pasión que prende por otra parte tan fácilmente en el corazón humano, aun en el de aquellos mismos que han alardeado de mayor sentido y sensibilidad social y estos últimos no son los mejores. Les ciega, les ciega por completo y así se explican después muchas cosas.

Hoy estos tales son los defensores acerrimos del derecho de propiedad, de ese derecho ridículo, de ese derecho del que por lo visto no necesitan más que los que poseen todo lo que quieren... ese derecho que se atreven a llamar natural, del que dicen que la naturaleza ha dotado al hombre... de ese derecho que a ellos les da plena libertad para disponer de todo lo que pueden acaparar... pero del que toleran y consienten que los demás estén despojados... ese derecho de cuyo ejercicio ellos quieren impedir a los demás... esa propiedad de la que con mucha verdad dijo aquel Obispo de Maguncia, precursor de León XIII, aquel gran Obispo Kettler que para que pueda ~~xxxxxxxxxxxxxxxxxxx~~ propiedad o no un robo hace falta que quede despojado de lo que los demás han de menester para llenar sus necesidades y ejercer su derecho.

Hemos de amar la verdad, pero la única verdad que puede salvarnos es la verdad íntegra, la verdad descarnada, la verdad católica... y la verdad católica es que el actual estado de cosas, la actual distribución de bienes como expresamente dice el Papa está en pugna con los postulados más elementales de la equidad y de justicia. Tampoco quiere decir esto que pueda y deba establecerse una igualdad utópica, pues de esa igualdad a esta distribución va también un abismo.